A 55 MILLAS POR HORA

Guillermo Fesser

CONTRALUZ

GUILLERMO FESSER

A 55 millas por hora

Un recorrido por la historia hispana de Estados Unidos

CONTRALUZ

Primera edición: octubre de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Guillermo Fesser Pérez de Petinto, 2026
c/o Agencia Literaria Carmen Balcells, S.A.
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.com

ISBN: 979-13-88337-00-0
Depósito legal: M-16083-2026
Printed in Spain

A Sarah, mi compañera,
y a Max, Nico y Julia,
nuestros tres cachorritos

Prólogo

La primera vez que pisé Nueva York tenía veintinueve años recién cumplidos y no sospechaba yo, ni por asomo, que aquella ciudad extraña tuviese nada que ver con mi gente. Sabía, obviamente, de compatriotas aislados que habían tenido la fortuna de frecuentarla, como Ángel Álvarez, el piloto de Iberia que se llevaba a España discos que aún no se habían publicado allí para pincharlos en su delicioso programa de radio *Vuelo 605.* Y, por supuesto, había escuchado numerosas anécdotas neoyorquinas de boca de Jesús Hermida, el periodista de Huelva que llegó a ser corresponsal de TVE en Estados Unidos durante muchos años y con el que yo tuve la fortuna de contar como maestro en mis primeros años de reportero para el informativo nocturno de Antena 3 de Radio. Pero, a parte de la historia de aquellos españoles sueltos, poco más.

De hecho, en el colegio nos habían enseñado que Cristóbal Colón había surcado en 1492 el Atlántico hasta llegar a las Antillas y que, luego ya, a los siguientes conquistadores les había dado por cruzar al continente y tirar para abajo. Me refiero a Hernán Cortés, a Pizarro y a toda esa pesca. Sin embargo, el territorio de la América del Norte, por lo menos hasta donde nos contaron, lo habían colonizado individuos con ojos azules y de apellido inglés. Bueno, pues vale. Nosotros a lo nuestro: a esperar a que terminase su clase de historia el Chincheta (el profe ba-

jito y con un cabezón desproporcionado que nos hizo aprendernos de memoria el nombre de todos los pueblos que habían invadido España) para salir al recreo, echar a pies y elegir así a los integrantes del equipo de fútbol. A mediados de los sesenta, el patio de los Sagrados Corazones de la calle de Claudio Coello de Madrid resultaba algo estrecho, pero lo pasábamos de maravilla; salvo cuando te pedía un mordisco del bocadillo algún compañero de clase olvidadizo.

—Tío, ¿me das un poco?

—Bueno, pero no te pases —te veías obligado a recordarle mientras colocabas el dedo índice de freno para que no cruzase la raya en el mordisco.

Tampoco es que fueran tan sabrosos. El mío, me lo recordó hace poco mi compañero de pupitre de párvulos, Rafael Aramendi, solía estar compuesto por una pasta verde resultado de mezclar mantequilla con mermelada de ciruela. Es lo que se estilaba. El bocata de mortadela confeccionado por el tendero de Ultramarinos Olmo llegaría unos años más tarde, cuando ya para la merienda habíamos cambiado la onza de chocolate La Campana y el par de galletas maría por fiambre.

Pero vuelvo a Nueva York.

Con los datos proporcionados, no resultará demasiado complicado imaginarse la inmensa sorpresa que experimenté cuando empecé a descubrir que en Estados Unidos aparecían por todas partes señales de unas insólitas raíces hispanas. Y, cuando digo por todas partes, no me estoy refiriendo solamente a los ocho estados que pertenecieron con anterioridad a México (California, Nevada, Utah, Arizona, Nuevo México, Texas, Colorado y Wyoming), sino a lugares tan recónditos como el estado de Oregón (en el Pacífico Norte), que posiblemente recibió su nombre cuando los expedicionarios españoles que vigilaban la expansión de los comerciantes de pieles rusos en Alaska identificaron orégano en sus praderas.

¿Cómo te quedas si te cuento que el primer individuo no nativo americano que habitó en Manhattan fue un tal Juan Rodríguez? Solo tienes que acercarte a Broadway para comprobarlo. Desde la calle 159 hasta la 218, esta célebre avenida neoyorquina se rebautizó en 2013 con el nombre de este intérprete del lenguaje lenape que llegó en 1613 desde la Capitanía General de Santo Domingo: Juan Rodríguez.

¿Y si te cuento que, cincuenta y cinco años antes de que los puritanos del Mayflower tomasen tierra en Plymouth, algunos caballeros andantes de Castilla celebraron el primer día de Acción de Gracias de Estados Unidos con indios en la Florida? Ocurrió en 1565, cerca de donde levantaron la ciudad de San Agustín. Además, en lugar de que los nativos les ofreciesen a ellos una pechuga de pavo, fueron ellos quienes les ofrecieron a los timucua unas lonchas de jamón ibérico. Igualito.

Como relatan Fernando Martínez Laínez y Carlos Canales Torres en su imprescindible libro *Banderas lejanas*, los primeros europeos en avistar el Gran Cañón del Colorado, en cruzar el río Misisipí, en contemplar el océano Pacífico o en atravesar las grandes praderas fueron súbditos del Imperio hispano: «Mucho antes de que Estados Unidos existiera como nación, España había conquistado ya el lejano Oeste y combatido o pactado con las principales tribus indias que luego el cine de Hollywood haría famosas».

Antes de los *cowboys* existieron unos vaqueros a los que todavía llaman *buckaroos* en la gran cuenca de California. La raza bovina de Texas, conocida como *longhorn*, no es sino una mutación de la vaca mostrenca de las marismas del Guadalquivir desembarcada en América desde 1512. El alargamiento de su cornamenta hasta los tres metros es el resultado de una evolución natural acelerada. En Algeciras, a estas reses solo les molestaban las moscas. En Fort Worth se toparon con coyotes, pumas y serpientes de cascabel que se las merendaban sin pelar. Adaptarse al medio o morir: la evolución se puso las pilas.

¿Alguien te ha contado que en la Cámara de Representantes de Estados Unidos hay un bajorrelieve de mármol que representa el rostro de Alfonso X el Sabio? No es decoración, es justicia, porque resulta que aquel rey de Castilla y León está reconocido como uno de los veintitrés padres de la legislación universal. De hecho, sus Siete Partidas aún sientan jurisprudencia en varios estados de esta Unión. Y no es el único español al que le rinden sus señorías honores en el Capitolio: el filósofo cordobés Maimónides también se ha colado en la lista de los supremos legisladores.

Las raíces hispanas de Estados Unidos trascienden lo anecdótico, una realidad que no podemos permitir que pase desapercibida especialmente cuando se conmemora el 250 aniversario de la Declaración de Independencia, que no habría sido posible sin los hispanos. Como lo oyes: de no haber sido por la ayuda de Francia (desde luego) pero, sobre todo por la de España y de la América hispana (que fueron realmente quienes aportaron las municiones y la pasta), los descendientes de los fundadores de aquellas Trece Colonias seguirían formando parte de la Commonwealth a las órdenes de Carlos III (no el español de la Puerta de Alcalá, no, sino el inglés de las orejas). Por decirlo de una manera más clara: Estados Unidos le debe su independencia a México, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Cuba, Puerto Rico, República Dominicana y España. Gracias. De nada. A mandar.

Si atendemos al mapa de 1776, la guerra de Independencia de las colonias británicas se concentró en una pequeña franja costera del Atlántico (la mitad de grande en extensión que la península ibérica) y solo salieron en el selfi los que patrullaban por allí: Washington y Lafayette. Pero mucho ocurrió en el resto del territorio de Estados Unidos. Estados como Luisiana donde hoy se despiertan dándose cuenta de que hace doscientos cincuenta años… ¡eran españoles! pertenecían a Nueva España: un inmen-

so territorio que el Imperio hispano había logrado interconectar por medio de calzadas, autovías defendidas a base de castillos medievales que recibían el apodo de «presidios», no porque estuviesen concebidos para albergar prisioneros, sino porque su labor era precisamente la de presidir aquellos caminos reales.

Para entender el desequilibrio social que existía entre el mundo anglosajón y el hispano a finales del siglo XVIII en la América del Norte (esa que hoy mira con desprecio y por encima del hombro a sus vecinos del sur), baste recordar que, mientras las Trece Colonias practicaban una economía basada en el trueque, en Nueva España se acuñaba el real de a ocho, la divisa de referencia mundial. O que, al tiempo que Washington, al mando de un ejército desharrapado, disparaba balas de mosquete, el mallorquín fray Junípero Serra fundaba en California las ciudades de San Diego, Monterrey y San Francisco.

Algunas de estas «primicias históricas» (a las que me permito llamar así por seguir siendo desconocidas a pesar de su antigüedad) son las que me propongo compartir en este libro. Ahora, tampoco quiero llamar yo a nadie a engaño. Ni soy historiador, ni pretendo serlo. Me voy a limitar a dar algunas pinceladas del pasado y, luego ya, el que se aficione y quiera ver el cuadro entero, que se haga amigo, como yo, de Santiago Saborido, director del archivo histórico provincial de Cádiz, y se ponga a consultar legajos.

Aparte, también aviso que mi escritura, al contrario que la cola del león, no suele ser longilínea. Me suelo ir bastante por las ramas. Salto de una cosa a la otra porque, como afirmaba mi amigo de la facultad de periodismo Pepe Luis Blasco: «La vida tiene unos picos horrorosos». Sonrisas y lágrimas. La misma tarde que te enamoras, se te muere el perro. Así que en estas líneas también te voy a contar algunas cosas que me han ocurrido en mi estancia en Estados Unidos en los últimos años, acontecimientos posteriores a la publicación de *A cien millas de Manhattan*

y no relacionados con la hispanidad porque, al fin y al cabo, *this is my book* y voy a escribir *what I want to*.

Por el mismo motivo te anuncio que, puesto que, en el momento de escribir estas líneas asistimos a la peligrosa deriva de Estados Unidos hacia una dictadura presidida por su excelencia el caudillo Taco I el cruel (conocido en los ambientes como Donald J. Trump), no voy a poder permitirme el lujo de permanecer callado. Creo profundamente en el ejercicio del periodismo como método de defensa contra el asalto a las instituciones democráticas. Tanto, que, en mi evangelio particular, en lugar de doce apóstoles aparecen doce corresponsales. Y mi versículo preferido, por si a alguien le interesa, es el de Juan 8:32 (un número que no hace referencia a la hora y minutos exactos en que Jesús pronunció la cita, como pensaba un tipo maravillado por la pormenorizada cronología de los hechos en la Biblia), y dice así: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Ahora, que tampoco nadie espere un ideario político tipo «A desalambrar, a desalambrar, que la tierra es nuestra, es tuya y de aquel…».

Ni por asomo. Sobre todo, porque, huyendo de dulcificaciones empalagosas, debo de confesarte que a largo plazo sigo siendo optimista. A ver, obviamente soy consciente de que, por ahora, el sentido común va perdiendo, pero también veo que nos queda mucho partido y una larga liga por delante. Para que alguien marque el gol de la victoria en un mundial, antes ha tenido que chutar en el patio del colegio. La vida no se empieza jugando en división de honor. Existen equipos de tercera regional que contemplan la posibilidad de subir algún día a primera. Y ha ocurrido. Por ello, creo en la importancia de los pequeños gestos como modo de arranque para lograr grandes resultados.

Hoy estamos viviendo el acoso continuo del ICE, la policía de fronteras, «la migra», a la comunidad hispana. Tratan como criminales a trabajadores honrados que Estados Unidos necesita para realizar tareas de las que nadie más quiere encargarse y a los

que no se les permite regularizar su situación. Republicanos y demócratas (aunque más los primeros que los segundos) llevan más de cincuenta años poniendo toda clase de excusas para no actualizar la obsoleta ley de emigración. Cortinas de humo, si quieres mi modesta opinión, para ocultar que a las empresas que financian sus campañas electorales les sale más a cuenta tener mano de obra barata. De cara al público, los critican; en privado, los emplean. Les ofrecen contratos basura porque, si regulas la situación de los hispanos sin papeles que recogen las hortalizas en los campos, desuellan ganado en los mataderos, levantan edificios, mantienen parques, cocinan en los restaurantes o realizan tareas de servicio doméstico, se te acaba el chollo de pagarles por debajo del salario mínimo y sin tener que preocuparte de sus condiciones laborales. A los tribunales no van a acudir por miedo a la deportación, y a la prensa le suele interesar más el caso de un único inmigrante malísimo que violó a una chica de buena familia que el de once millones de seres humanos que constituyen un verdadero ejemplo de honradez y sacrificio para sus vecinos, para las profesoras de sus hijos y para el cura de sus iglesias. Esa es la realidad oculta que arrastramos desde Ronald Reagan, el último presidente que consensuó una reforma migratoria que otorgó la residencia a casi tres millones de sin papeles.

Desde los años ochenta, la hipocresía reside en exigirle a un inmigrante que venga de forma legal mientras no facilitas una ventanilla en la que pueda entregar dicha solicitud si es pobre y de color. Le obligas a cruzar la frontera sin papeles y jugándose la vida. Pero ya sabemos que resulta más cómodo negar un problema que resolverlo, y a Trump, que vive a golpe de impactos en *prime time* televisivo, le ayuda la imagen de vaquero duro. Él, que es un delincuente condenado en firme por los tribunales, ha reescrito su biografía como si fuese la de un forajido de leyenda al que el Gobierno persigue injustamente por defender a los suyos. Esta imagen le ha capacitado para enviar a los «*bad* hombres»

al campo de concentración de El Salvador o al infame Alligator Alcatraz de Florida con la complacencia de los congresistas republicanos que guardan silencio.

Trump se ha jactado de recuperar la doctrina del quinto presidente de los Estados Unidos, James Monroe («América para los americanos») al promover la limpieza de los inmigrantes que, según el ideario MAGA *(Make América Great Again)*, no pertenecen al paisaje natural de Estados Unidos. Recordemos que fue Monroe quien bendijo la compra de un pellizco de tierra en África para deshacerse de los negros libres porque empezaban a prodigarse demasiado. Se sacó de la manga un país, Liberia, y propuso a los afroamericanos que se marchasen libremente a hacer allí sus cosas de negros. En su honor, la capital de la nueva nación se llamó Monrovia. Trump se deshace ahora de los hispanos con menos disimulo; enviándolos a la fuerza y sin garantías jurídicas a prisiones tan inhóspitas como el campo de concentración CECOT en El Salvador. «Estados Unidos para los estadounidenses», viene a significar «Estados Unidos solo para los descendientes de europeos». A los indígenas tampoco se les incluye.

La parte positiva de esta historia es que las grandes tragedias también sacan lo mejor de la gente a flote y, ya desde las primeras detenciones del ICE en las que no se respetan los derechos humanos, un grupo de voluntarios valientes se dedicaron a grabar con el móvil a los agentes con el fin de alertar a las comunidades. Tomar vídeos en la vía pública es un derecho que reconoce la constitución de los Estados Unidos, pero grabar a este cuerpo de policía, cuyos miembros han accedido a convertirse en matones con el rostro cubierto por pasamontañas, es un método arriesgado porque pueden detenerte o matarte a sangre fría como hicieron con Renee Good o con Alex Pretti en Minneapolis. Sin embargo, es la manera de probar que se pasan por el forro los derechos constitucionales y, en numerosas ocasiones, ha servido para espantarlos y evitar que aterroricen a más gente. Un

pequeño gesto que, en el peor de los casos, al menos transmite al detenido el mensaje de que no está solo, de que no está loco, de que no es un criminal y de que todavía queda mucha gente decente que va a luchar por un mundo mejor para todos y no únicamente para ellos solitos. Pues eso: el dios de las pequeñas cosas.

Así que ya sabes más o menos lo que te vas a encontrar en el libro. De todo un poco. Un mejunje. Ahora, por si te ayuda a visualizar eso que en este país los editores llaman «la cinta roja» y que sirve para entrelazar las historias y dar sentido a la narrativa, te diré que este *A 55 millas por hora* es el relato de un viaje. Un periplo, básicamente por carretera, que inicié en noviembre de 2016 con un viaje a Nueva Orleans (la Cádiz de Estados Unidos, ya lo iremos desgranando) y que di por finalizado en San Francisco diez años más tarde. Concretamente, el 6 de marzo de 2026, día en que tuve el honor de anunciar oficialmente en el CABE, el congreso anual de educación bilingüe de California, el lanzamiento de «Raíces», un concurso escolar creado para poner en valor los logros de la comunidad hispana a lo largo y ancho de este gran país. Una iniciativa cuyas mejores historias terminarán compiladas en un libro de texto de bachillerato. Todo de la mano de la Fundación Gomaespuma, de la embajada de España en Estados Unidos, de la Asociación de Amigos del National Museum of the American Latino, de la editorial Vista Higher Learning y de la cadena de televisión Telemundo.

Entre medias, como digo, una década dando tumbos. Desde Miami a Seattle. De Los Ángeles a Detroit, pasando por San Juan de Puerto Rico. Despacio. Sin prisas. A cincuenta y cinco millas por hora, que es la velocidad máxima permitida en las carreteras comarcales estadounidenses, esas que atraviesan poblaciones remotas y te permiten disfrutar del paisaje. Y por las que me dispongo, una vez publicado este libro, a seguir viajando. Numerosos amigos europeos están abandonando el barco. A punto de la jubilación y sin ganas de tragarse otros cuatro años de Trump, se

vuelven de regreso a Italia, a Dinamarca, a Holanda, a España… También se van algunos estadounidenses. Uno a Galicia. Otros dos a Barcelona. Muchos me preguntan: «¿Cómo es que no os volvéis vosotros a Madrid?». La respuesta es simple y clara: ganas no faltan, pero ahora mismo toca quedarse aquí y contarle al mundo lo que está ocurriendo. Y defender causas y verdades como, por ejemplo, la de que la comunidad hispana pertenece a Estados Unidos de pleno derecho. En ello estamos. De eso te quiero hablar. Utilizaré el mapa de Estados Unidos como si fuera un tablero y empezaré por la ciudad de Nueva Orleans (Nola para los amigos) para volver a terminar en ella después de dar toda la vuelta. Círculo completo. De Nola a Nola y tiro porque me mola. Situémonos en la casilla de salida.